SOCIEDAD CIVIL ¿REALIDAD O MITO?

Carlos Rafael Rea Rodríguez

RESUMEN

El autor propone repensar y problematizar el concepto de sociedad civil desde los clásicos del pensamiento social hasta los autores latinoamericanos de hoy y con ello pretende contribuir a contener la insistente y preocupante manipulación de este ser inasible, cuya definición es sistemáticamente obviado convirtiéndolo en lugar común.

En los numerosos análisis que sobre la realidad mexicana se vienen realizando con tanta agudeza y espíritu programático, son abundantes y muy frecuentes las referencias a la sociedad civil, ese mítico demiurgo que con la espada de la razón ha de fustigar implacablemente los autoritarios excesos de un igualmente mítico Leviathán, condenado por la acción comunicativa de la posmodernidad a ser el fiel intérprete de la decisión ciudadana.

Ante la insistente y preocupante manipulación de este ser inasible cuya definición es sistemáticamente obviada —convirtiéndolo en lugar común— su abordaje riguroso se presenta como ineludible punto de partida en el camino de una lectura distinta de la realidad sociopolítica de nuestro país que oriente desde nuevos derroteros el estudio de los actores sociales.

ABSTRACT

The author proposes a study of the "civil society" concept starting with the classical social thought until the contemporary Latin-American authors. With this critical review, it is posible to provide a quite complete definition of the civil society concept in order to avoid manipulations that would turn this term into a common place.

Claro está que en el marco de esa gran tarea el alcance de este trabajo se circunscribe a repensar y problematizar el concepto de sociedad civil (s.c.). Para ello se considerarán como paradigmáticas las nociones marxiana, gramsciana y habermasiana: la gramsciana y la habermasiana, por ser las que campean en el análisis actual; y la marxiana, porque es a la que un servidor propone retornar.

Pretendo desarrollar este esbozo analítico recurriendo a la lógica interna de la estructura argumentativa de cada uno de los enfoques, en confrontación constante con la realidad social, vista ésta histórica y estructuralmente.

En contraposición franca con la idea imperante de que la s.c. es el momento —en realidad se le asume como una realidad óptica— regulado por relaciones de hegemonía y por

la articulación de consensos, frente al cual, la sociedad política (s.p.) es entendida como Estado, o ampliadamente como el momento o el ente que se articula alrededor de la política (concebida sesgadamente como conjunto de relaciones y prácticas de coerción), la tesis central que vertebra este aventurado ejercicio consta de dos aseveraciones fundamentales complementarias:

1) Se propone que la s.c. es aquella *bürgerliche gesellschaft* marxiana¹, en la que se verifican relaciones económicas intersubjetivas (también sociales, ideológicas y políticas) en una sociedad de hombres independientes, abstractamente iguales, y que se caracteriza por la aparición de nuevas realidades formales: el mercado como espacio de libre concurrencia de los factores de la producción, la consagración jurídica de la ciudadanía, la autonomización del espacio de lo público, la estructuración de la opinión pública, la instauración de la democracia liberal como forma predominante de existencia del Estado nacional moderno, el desprendimiento y desarrollo de la acción legitimadora del bloque en el poder instituida en aparatos con esa intencionalidad expresa, etc.

2) Mientras tanto, a los conceptos de s.c. y de s.p. se les despoja de su naturaleza óntica abstracta y homogénea, situándoles en un plano fenoménico como reinos distintos de existencia de las relaciones conflictuales de las sociedades clasistas, siendo éstas, asimismo, realidades internamente conflictuales (antagónica y no antagónicamente) que se distinguen por la prevalencia distintiva de la legitimación por un lado, y de la imposición por otro.

ANTECEDENTES

Ya desde los inicios de la ciencia política, Hobbes y Locke utilizaron el concepto de s.c. para diferenciar la condición civilizada de los hombres de su "estado natural"; es decir, s.c. era considerada como sinónimo de Estado².

Posteriormente, Hegel la asumió como el espacio situado entre la familia y el Estado, creado por la modernidad para evitar que hubiera una relación directa entre individuos y Estado, situación que representaba el origen del terror. De igual forma, mediante la creación de asociaciones independientes que fomentaran la virtud, y a través de la promoción de la vida colectiva y de significados comunes, se evitaría el individualismo que conducía al debilitamiento y a la virtual desaparición de la vida ética³.

Los límites del espacio de la s.c. estaban normados precisamente por el derecho civil. Era el Estado la garantía institucional de regulación, por encima de la diversidad de intereses y opiniones de los particulares.

En su texto "*La democracia en América*", Alexis de Tocqueville hace referencia a

"...las asociaciones que se forman en la vida civil, y cuyo objeto no tiene nada de político (para dar fiestas, fundar seminarios, construir albergues, levantar iglesias, repartir libros, enviar misioneros, crear hospitales, cárceles, escuelas, etc.)"⁴.

Destaca en estas líneas una consideración que habrá de ser retomada insistentemente por diversos teóricos posteriores a Tocqueville: la s.c. es una esfera *no política*.

DE MARX A GRAMSCI

En la obra de Carlos Marx se considera a la s.c. como una esfera de relaciones económicas intersubjetivas en una sociedad de hombres independientes, abstractamente iguales, ahí es donde Marx define al hombre de la s.c. como unido a los demás por el interés privado y la necesidad natural inconsciente.

Es importante destacar que para él s.c. significa a la vez sociedad burguesa. Por tanto,

¹ Ver Bobbio, Norberto. *Diccionario de Política*, S:XXI, T.I.

² Ver Olvera y Avritzer. "El concepto de sociedad civil en el estudio de la transición democrática", en *Revista Mexicana de Sociología*, abril de 1992, p. 233.

³ *Ibid.*, p. 233.

⁴ Tocqueville, Alexis de. *La democracia en América*. Madrid, Orbis, 1985, p. 195.

la s.c. es concebible desde la acepción marxiana, sólo a partir del predominio histórico del modo de producción capitalista, pues sólo en él son imaginables (abstractamente), las relaciones entre iguales, determinadas por interés y necesidad subjetivos. En las sociedades pre-capitalistas, las relaciones intersubjetivas eran eminentemente entre desiguales, y se encontraban bajo determinaciones fundamentalmente coercitivas.

En relativa contraposición con Marx, y remitiéndose al espíritu de la tesis hegeliana, la definición de Gramsci coloca claramente a la s.c. en el nivel superestructural:

“De momento, se pueden establecer dos grandes ‘capas’ superestructurales: la llamada, por así decir, ‘sociedad civil’, que aborda el conjunto de organismos vulgarmente denominados ‘privados’ y la ‘sociedad política, o estado’, que corresponde a la función ‘hegemónica’ que el grupo dominante ejerce sobre toda la sociedad y al ‘poder de mando directo’ que se manifiesta en el Estado y en el gobierno ‘jurídico’”⁵.

Amplíemos un poco más el planteamiento gramsciano. Antecediendo a las líneas citadas, Gramsci establece:

“La relación entre los intelectuales y la esfera de la producción no es inmediata, como sucede con los grupos sociales fundamentales, pero es ‘mediata’, y en diferente escala, en toda la trama social, en el conjunto de la superestructura de lo que, precisamente, los intelectuales son funcionarios. Se podría estimar lo orgánico de las *capas de intelectuales* (el destacado es mío), su mayor o menor conexión con el grupo social básico, fijando una graduación de las funciones y de la superestructura desde abajo hacia arriba, desde la base estructural hasta lo

alto. De momento, se pueden establecer dos grandes ‘capas’ superestructurales...”⁶.

De lo anterior se desprenden dos razonamientos útiles para los fines perseguidos en este trabajo: 1) se establece, no la situación de exclusión entre s.c. (o más precisamente entre sus intelectuales) y la esfera de la producción, sino la mediación entre ambas, y 2) la s.c. es una capa superestructural comprendida por intelectuales orgánicos.

Gramsci sugiere un modelo interpretativo tripartito en el que se distinguen economía (en la base) y s.c. y s.p. (en la superestructura) como ámbitos distintos.

Desarrollando la articulación de conceptos y buscando representar de manera más objetiva la compleja configuración de la realidad social histórico-concreta, a la articulación existente en un plano entre modos de producción (fundamentales y no fundamentales), formación socioeconómica, clases sociales (fundamentales y no fundamentales) y capas, Gramsci viene a intersectar el plano de las capas superestructurales (dentro de las cuales podrían situarse las ‘categorías sociales’ de Poulantzas: fuerzas armadas, estudiantado, burocracia, etc.). Aquí las capas superestructurales suponen ámbitos analíticos que comprenden instituciones, organizaciones y grupos sociales; relaciones, prácticas y valores, diferenciados dicotómicamente, y que implican una correspondencia sistémica ‘mediada’ con las exigencias de la producción económica, pero en condiciones de autonomía relativa, lo que afirma el papel concretizante, catalizador, retardatario, y en momentos coyunturales hasta determinantes, del plano de las capas superestructurales con respecto de las clases estructurales. El problema es el siguiente: ¿son de la misma naturaleza existencial y/o del mismo orden analítico los conceptos de clase social y de capa superestructural? ¿Puede entonces plantearse la sustitución como sujeto histórico de la clase social a manos de la capa superestructural?

⁵ Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*, Enlace-Grijalbo, México, 1967, p.30.

⁶ *Ibid.*, p.30.

DESPUES DE GRAMSCI

Continuando el recorrido, Althusser distingue (en clave gramsciana, pero instrumentalmente) los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE) de los Aparatos Represivos del Estado (ARE)⁷. Los primeros son aquéllos encargados de garantizar coactivamente la dominación de la clase en el poder, y los segundos cumplen con una función eminentemente coercitiva mediante el ejercicio legitimado de la violencia para el mismo fin.

Ante la tesis de los Aparatos de Estado, Carlos Pereyra argumenta:

“los medios de comunicación, centros educativos, sindicatos, organismos eclesiales, etc., no son ‘aparatos ideológicos de Estado’, son instituciones ideológicas y políticas de la s.c. cuyo funcionamiento se deslinda de los dictados gubernamentales en la medida en que son espacios abiertos a la lucha de clases”⁸.

Parece ser –sin profundizar en esta polémica– que se trata de dos versiones igualmente reduccionistas pero de signo inverso que se desprenden de una acepción errónea de lo que es el Estado; la una panestatal, la otra minustatal.

Junto con la aseveración atrás citada, Pereyra señala como componentes principales de la s.c. a

“... los partidos políticos y los sindicatos, pero también a los medios de comunicación, congregaciones religiosas, agrupaciones empresariales, centros educativos, colegios de profesionales y agrupaciones de variada índole componentes del tejido social”⁹.

Conectándose con el debate con Althusser, puede inferirse que para Pereyra la s.c. está en relación de exclusión con lo estatal, que es la esfera que complete la dicotomía del análisis superestructural.

Asimismo, por la inclusión de los partidos como componente de la s.c., se reivindica lo político como constituyente del concepto, y no se atribuye su exclusivo patrimonio al ámbito estatal.

Sin embargo, es notoria una fuerte debilidad en la tesis de Pereyra. Las clases sociales y sus prácticas¹⁰ se expresan compleja y medianamente en el mundo de lo político, convirtiendo al Estado en un espacio de lucha y disputa; pero al referirse a la s.c. se le asume como una realidad homogénea. Volveremos después sobre este punto.

En una interesante propuesta Juan Carlos Portantiero diseña un modelo tripartito en el que interactúan la s.c. y el “Estado político” a través de un “sistema político” que se conforma con el “interjuego conflictual” de intereses de los primeros, lo que origina “pactos constitutivos” que garantizan la estabilidad de la sociedad¹¹.

Cabe cuestionarse nuevamente, ¿por qué soslayar el “interjuego conflictual” –hasta antagonico– que al propio seno de la s.c. se presenta? Y hay que añadir: ¿Por qué es el “interjuego conflictual” entre “Estado político” y s.c. lo que articula el “sistema político”? ¿Por qué no en cambio el “interjuego conflictual” entre clases, grupos y organismos políticos y sociales? ¿Acaso el paradigma basado en la lucha de clases ha fenecido dando paso al paradigma que parte del conflicto entre Estado y s.c.?

JÜRGEN HABERMAS

En otras latitudes, la Teoría de la Acción Comunicativa, retoma la concepción

7 Ver Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Quinto Sol, México, 1970, p. 28.

8 Pereyra, Carlos. *Sobre la democracia*, México, Cal y Arena, 1990, p. 69.

9 *Ibid.*, p. 69.

10 Pereyra. “Partido y sociedad civil”, en *Teoría y Política en América Latina*, Coord. Juan Enrique Vega, CIDE, México, pp. 361-363.

11 Portantiero, Juan C. “Sociedad civil, Estado y sistema político”, *Ibid.*, pp. 191-203.

del materialismo histórico¹², pero a partir de su reformulación desde la tradición de la Teoría Crítica de la Escuela de Franckfurt, aportando pistas interesantísimas para el estudio de nuestro objeto.

Debido al predominio de la ciencia y de la técnica como fuerza productiva¹³, pero además como factor modelador del sistema político y generador fundamental de la legitimación de la dominación social¹⁴, se percibe la hegemonía de una *racionalidad instrumental* que —propone Habermas— tendencialmente habrá de ser superada mediante una *racionalidad comunicativa* generada y consolidada en el *mundo de la vida*.

“La acción comunicativa sirve para la transmisión y renovación del conocimiento cultural; bajo el aspecto de coordinación de la acción, sirve a la integración social y al establecimiento de la solidaridad grupal; bajo el aspecto de socialización, sirve para la formación de identidades personales. Las estructuras simbólicas del mundo de vida se reproducen a sí mismas a través de la continuidad del conocimiento válido, la estabilización de la solidaridad grupal y la formación de actores responsables”¹⁵.

El mundo de la vida tiene dos niveles de existencia¹⁶: a) un horizonte cotidiano de experiencias no problematizadas, y; b) los componentes institucionales o sociológicos (cultura, personalidad y sociedad); ambos regidos por la *racionalidad comunicativa*.

Como elementos de un *mundo de la vida*, Habermas enumera:

“...aquellos objetos simbólicos que generamos cuando hablamos y actuamos, desde las manifestaciones inmediatas (como son los actos del habla, las actividades teleológicas, etc.) pasando por los sedimentos de tales manifestaciones (como son los textos, las tradiciones, los documentos, las obras de arte, las teorías, los objetos de la cultura material, los bienes, las técnicas, etc.) hasta los productos generados indirectamente, susceptibles de organización y capaces de estabilizarse a sí mismos (como son las instituciones, los sistemas sociales y las estructuras de la personalidad”¹⁷.

Mientras tanto, para la existencia del nivel institucional se presupone indispensable la formación de una esfera pública que ejercite la crítica y la publicidad.

De la teoría de la Acción Comunicativa, Olvera y Avritzer destacan

“...el potencial transformador de los procesos de aprendizaje normativos, la autoorganización de la sociedad y la estabilización de los avances societales a través de la ley”¹⁸.

Esta estrategia comunicativa de transformación social, si bien enriquece formidablemente la dimensión ciudadana (formal) de la sociedad moderna, parece ser insuficiente para explicar sólidamente las determinaciones emanadas de los sistemas económico y político, las que son asumidas como la incursión anómica del poder y del dinero (*medios sistémicos*) desencadenante de la *colonización del mundo de la vida*”.

El horizonte de *racionalidad comunicativa* como ideal reconstructivo de la organización social se colisiona estrepitosamente, en demérito de la pretensión comunicacional de

12 Ver Habermas. “Disgresión acerca de los puntos fundamentales del materialismo histórico”, en Touraine y Habermas: *Ensayos de Teoría Social*. Fco. Galván Díaz Comp. UAP-UAM Azcapozalco, México, 1986, pp. 43-50; Herrero, Javier. “J. Habermas: Teoría crítica de la sociedad”, *Ibid.*, pp. 9-42.

13 Herrero, *Op. Cit.*, pp. 17-19.

14 Ver Herrero, *Loc. cit.*

15 Habermas. *Teoría de la Acción Comunicativa*, vol. I, Edit. Taurus, Buenos Aires, 1987.

16 Olvera y Avritzer. *Op. Cit.*, p. 237.

17 Habermas. *Teoría de...* p. 156.

18 Olvera y Avritzer. *Op. Cit.*, p. 237.

Habermas, con los desgarradores escenarios que emergen impregnados de fundamentalismos y de identidades colectivas torcidas en prácticamente todo el capitalismo avanzado.

Para los efectos de una búsqueda en el *mundo de la vida* de claves análogas con la idea de s.c., debe señalarse su dimensión simbólica, sociocultural (de reproducción cultural y de integración social y socialización)¹⁹.

Distintivamente se aprecia en Habermas el distanciamiento frente a la naturaleza *óptica* otorgada hoy a la acepción predominante de s.c., al concebir el *mundo de la vida* precisamente como *topos*, no más como *ontos*; es por ello que no puede concedérsele pretensión de sujeto histórico, pues éste pasa a ser la sociedad entera actuando frente a sí misma a través de la *acción comunicativa*.

Recuperando los señalados aportes de la Teoría de la Acción Comunicativa, Arato y Cohen conciben a la s.c. como:

“...el marco institucional de un moderno mundo de vida estabilizado por derechos básicos y que incluye en su ámbito las esferas de lo público y lo privado”²⁰.

Afirman que su fortalecimiento depende del desarrollo de asociaciones voluntarias, de la existencia de una esfera pública y de la disponibilidad de medios institucionales que conecten a la sociedad civil con la esfera pública y el espacio estatal²¹.

A diferencia de Habermas, Arato y Cohen intentan cubrir el momento de lo político (impreciso en aquél) con su propuesta de *sociedad política* como el espacio entre la s.c. y el Estado donde se combina la acción comunicativa con la búsqueda por el poder (una triada que se repite en Portantiero, pero con la categoría de *sistema político* en lugar de la de *sociedad política*).

Son perceptibles en lo expuesto algunos puntos cuestionables:

-Se considera lo público como patrimonio de la s.c., cuando claramente es el espacio

de encuentro entre lo privado y lo estatal, pues el Estado no es sólo el ente regulador y sancionador de la sociedad en sus esferas pública y privada; es esencialmente una realidad de interés público.

-Se recobra la visión *topológica* y se reintroduce sin embargo la incongruencia semántica al insistir en el uso de los términos ópticos de s.c. y s.p.

-Por otra parte, se estrecha la pretensión de dotar al derecho de vida autónoma, tal que, ajeno a las determinaciones emanadas de la lucha entre los grupos antagónicos de la sociedad, regule y estabilice la dinámica del “moderno mundo de vida”.

LA SOCIEDAD CIVIL HOY

Norberto Bobbio sintetiza y describe el uso generalizado del concepto en el lenguaje actual como

“...la esfera de las relaciones entre individuo, entre grupos y entre clases sociales que se desarrollan fuera de las relaciones de poder que caracterizan a las instituciones estatales (...) el terreno de los conflictos económicos, ideológicos, sociales y religiosos, respecto de los cuales el Estado tiene la tarea de resolverlos ya sea mediándolos o suprimiéndolos”²².

En otro sentido y en pretendida remisión al espíritu gramsciano, la generalidad de teóricos, analistas y políticos abraza fervientemente la convicción de que la s.c. es el actor-sujeto²³ por excelencia de los nuevos tiempos; es decir, la asumen como sujeto histórico y social²⁴.

²² Bobbio, *Op. Cit.*, p. 1577.

²³ Garretón, Manuel. “Actores sociopolíticos y democratización”, en *Revista Mexicana de sociología*, nº 4, oct-dic/1985, p. 8.

²⁴ Daniel Camacho propone la existencia de tres sujetos constituyentes del “movimiento popular”: el “sujeto histórico o clase que aporta el proyecto estratégico, el “sujeto político” o vanguardia (que por su forma puede ser partido, movimiento, frente, asociación, etc.), y “sujeto social” o base popular. Ver Camacho, “Los movimientos populares”, en *América Latina, hoy*, Coord. Pablo González Casanova, S.XXI y UNU, México, 1990, pp. 159-160.

¹⁹ Olvera y Avritzer. *Op. Cit.*, p. 236.

²⁰ Arato y Cohen. *Sociedad civil y Teoría Política*. Cambridge, 1992, p. 325.

²¹ Olvera y Avritzer. *Op. Cit.*, p. 238.

Las dos vertientes interpretativas (topológica y ontológica) condensan una serie de inexactitudes a las que a continuación me referiré.

Si partimos por definir el *poder* como la capacidad de un grupo social para construir y realizar sus intereses específicos²⁵ con el ejercicio de la imposición, el acuerdo subordinante o la confluencia frente a otros grupos, eso nos remite, no como acción refleja o mecánica, a la lucha de clases (comprendidas éstas como realidades que se constituyen procesualmente en una integralidad social, económica, ideológica y política²⁶ para entender los conflictos de poder; y si la lucha de clases se da en las esferas política, económica e ideológica, existe poder no sólo político.

Al precisar que la *política* es la lucha social (*en última instancia* de clases) expresada en prácticas de confrontación-negociación que buscan articular, obtener o conservar el predominio de la capacidad decisional central y de representación simbólica en un grupo (sentido amplio), o en la sociedad en su conjunto (sentido estricto), que se condensa no monopolíamente en el Estado, afirmar que el poder político es un atributo exclusivamente estatal es definitivamente incorrecto, puesto que múltiples sectores de la sociedad se sitúan también en el plano de la *política*.

En oposición a las concepciones instrumentalistas y fetichizadas, aquí se entiende por *Estado* la disposición histórico-concreta del *régimen*²⁷ y el *sistema*²⁸ de una sociedad, en la que se expresan, con el revestimiento formal del Derecho, las relaciones conflictuales antagónicas y no antagónicas de poder, y

que finalmente están bajo el predominio del bloque histórico que posee la correlación integral de fuerzas —no solo política— favorable²⁹.

Hablar pues de poder ideológico autoriza a pensar conflictos de poder ideológico. Siendo el sistema educativo público, algunos medios masivos de información y algunas instituciones culturales espaciales estatales, éstos funcionan como aparatos que cumplen en gran medida con una labor hegemónica (ideológica) que objetiva el poder del bloque dominante. Por lo tanto, la ideología no es un ámbito extraño al Estado. ¿O acaso no son relaciones de poder las que reproducen los citados aparatos ideológicos? ¿No son parte del Estado? Pero el Estado hoy no es externo tampoco a la s.c.³⁰. ¿O no se ubican tales aparatos en la s.c.?

De igual forma, el poder ideológico generado por el Estado tiene dos manifestaciones radicalmente distintas. Una efectuada a través de recursos legitimadores (como en los casos anteriores) y otra mediante recursos netamente impositivos, que, si bien se instrumentan a través de mediaciones jurídicas, no

25 Ver Poulantzas, Nicos. *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, S.XXI, México, 1984.

26 Ver Rea, R., Carlos, "Vigencia y desarrollo de una tesis marxista fundamental", *mimeo*, México, 1994.

27 Es decir, la institucionalidad jurídica (normada y legitimada; normativa y sancionadora) y decisional (gobernante en los distintos ámbitos de poder por medios impositivos o legitimadores). Ver Camou, Antonio. "Gobernabilidad y democracia", en *Nexos*, nº 170, febrero de 1992, México, p. 56.

28 Prácticas, valores y relaciones de poder prevalentes y efectivamente vigentes en la sociedad. Ver *Ibid.*, p.56.

29 El campo de actuación del Estado se encuentra en lo estatal mismo y lo público; lo privado lo regula a través de lo público, pues si lo hace directamente se genera la dictadura, el terror.

Propongo la definición de *espacios sociales de relación intersubjetiva formal de la sociedad moderna*, a saber: *lo privado, lo público y lo estatal*. Lo privado comprende una franja de autorreferencialidad simbólica (lo estrictamente privado); es decir, de relaciones, prácticas, normas, valores y roles que se verifican, regulan y sancionan en el fuero interno del individuo o de los grupos; contempla asimismo un ámbito de relaciones devenidas en asuntos de interés colectivo restringido (lo privado-público) que desbordan el plano exclusivo del fuero interno ya aludido, pero que no llegan por su naturaleza a ser del interés colectivo general. Lo público por su parte se constituye por la concurrencia de lo privado público y lo estatal público, y se convierte en el lugar por excelencia de los asuntos de interés colectivo general. Mientras tanto, lo estatal supone un terreno de regulación del interés colectivo general y restringido (lo estatal-público), y otro de autorreferencialidad simbólica (lo estrictamente estatal).

30 Hoy el Estado invade y se apropia total o parcialmente de múltiples espacios otrora constitutivos de lo privado y de lo propiamente público, como lo son el sistema educativo, el informativo, el cultural, etc.

necesariamente implican legitimación de por medio (por ejemplo, la imposición lingüística por tanto tiempo en Puerto Rico, o la suplantación de las expresiones nacional-culturales en Letonia, Lituania y Estonia; etc.).

Una limitante más de la acepción de s.c. hoy estriba en considerarla como la esfera homogénea ante la cual el Estado, una esfera opuesta e igualmente homogénea, tiene el papel de regularla (se yuxtaponen arbitrariamente los planos analíticos confundiendo la s.c. con lo público). Si bien la ciudadanía (pobladora por excelencia del espacio formal de lo público, consagrada jurídicamente) es una realidad formal palpable –al igual que la lucha ciudadana– erigirla en sujeto *estratégico* frente al cambio social conduce inevitablemente a diseminar neciamente los antagonismos sociales en su interior, y a partir de tal idea de transformación de un utópico colaboracionismo. Pero además suplanta la *verticalidad* del antagonismo social (surgido existencialmente desde el mismo espacio de lo privado, pero que surca lo público y remata en lo estatal), por una *horizontalidad* que contrapone maniqueamente a los actores de los espacios privado y público frente a la dimensión estatal, limitados así por la formalidad de la normatividad jurídica y circunscritos estratégicamente a un accionar comunicativo o hegemónico.

Evidentemente en la ciudadanía se articulan acciones colectivas en torno de intereses compartidos que llegan a incidir de manera importante en el decurso de la vida sociopolítica democrática de una nación³¹, aunque no erradiquen la explotación y la desigualdad. Es decir, se verifica la dialéctica entre la lucha por la igualdad formal en tensión con la lucha contra la desigualdad real³². Los logros obtenidos en el plano formal, alimentan y ganan terreno para la lucha contra la desigualdad real; por su parte, la desigualdad real marca la frontera –o el límite– de la lucha por la igualdad formal.

Sin embargo, al infundir a la s.c. el rol emancipatorio de la sociedad se produce un fenómeno de *fetichización política* pues se erige a un contingente social de naturaleza abstracta, con unidad externa, formal, en el sujeto estratégico del devenir de la sociedad contemporánea, ocultando u olvidando que ese conglomerado humano, el bien comparte identidades e intereses, está signado por contradicciones antagónicas, precisamente *estratégicas*, que delimitan en su seno a dos grandes bloques históricos irreconciliables.

No se insinúa aquí la existencia de roles prestablecidos con una inevitabilidad histórica; es decir, de sujetos constituidos. Pero es elemental que para la estructuración viable del *sujeto constituyente*³³ estratégico que se exprese por variados actores³⁴ irreductibles (partidos, movimientos, sindicatos, coordinadoras, frentes, ONG's, etc.), sea menester una densidad histórica³⁵ que derive de su *unidad estratégica*.

Se han desentrañado ya algunas de las razones que hacen impropio el enfoque *ontológico* sobre la s.c. La tesis de la s.c. como lugar es igualmente incorrecta pues oscila de un reduccionismo *topologista*, a una severa confusión en los niveles de análisis.

Haciendo un alto recapitulador, la s.c. no se caracteriza por ser el momento de lo no político y de lo ajeno a lo estatal, pues lo político y lo estatal están presentes en la red pública, en un sentido (y en muchos aspectos en la esfera privada); y en la trama estructural y superestructural, en otro. Saltan pues a la vista fuertes inconsistencias en la construcción conceptual de nuestro objeto, que obligan a intentar nuevas alternativas con pretensiones explicativas y programáticas.

31 Ejemplos elocuentes los encontramos en la lucha de tantos pueblos contra las dictaduras militares, así como en la actuación decisiva de las masas ciudadanas para desencadenar las transformaciones democráticas en Europa del Este.

32 Rivera, Eugenio y Sojo, Ana. "Movimiento popular, conflicto social y democracia", en *Revista Mexicana de Sociología*, nº 4, oct-dic. 1985, pp. 22-29.

33 Garretón concibe al sujeto como "...principio de constitución de una acción colectiva que incide en la definición, manutención o transformación de la sociedad, no se podrá identificar nunca unívocamente con un actor". *Op. Cit.*, p.8.

34 "No hay actor 'relevante' sin su invocación al sujeto y su aspiración a representarlo". Garretón. *Op. Cit.*, p.9.

35 Es decir "...que se involucran en los proyectos y contraproyectos históricos de la sociedad". Garretón. *Op. Cit.*, p.8.

MARX y GRAMSCI:
DISTANCIAMIENTOS Y CERCANIAS

La referencialidad inmanente a los antagonismos sociales en la argumentación del "teórico de la superestructura", supone de inicio un tácito reconocimiento a la vigencia del paradigma estructural marxiano. El aporte superestructural gramsciano estriba en reconocer un distinto ángulo de existencia y actuación de los individuos, grupos e instituciones, que se condensa alrededor de formas dicotómicamente diferentes de construir y ejercer el poder.

El nivel de análisis de las capas superestructurales inaugura un universo otrora desahuciado por el énfasis económico reduccionista de versiones simplificadas del marxismo. Sin embargo, las *fenoménicas* demarcaciones objetuales introducidas son confusas por las razones esbozadas líneas arriba, lo que cuestiona sustancialmente la validez semántica de los términos *ónticos* de s.c. y s.p., que no se corresponden con la significación propuesta por Gramsci, y que se presta a desvirtuaciones *topologístas* o *protagonicístas*.

Afirmo que el nivel de análisis abordado por Gramsci es *fenoménico* puesto que alude a dinámicas y autónomas expresiones actuacionales de existencia de la sociedad. Por su parte, Marx se remite al plano *genético-estructural* del universo social (óntico), pero desde una perspectiva abstracta y formal. Es decir, hablando de s.c., Marx y Gramsci consideraban distintos niveles y objetos de análisis.

Sin sucumbir frente al enredo semiótico, los procesos atendidos por ambos teóricos son, no sólo pertinentes, sino además necesariamente conectables, en el camino de una reconceptualización coherente y útil.

UNA BREVE DISGRESION

Deteniéndose un momento, vale la pena dimensionar la correspondencia entre coherencia y utilidad, o dicho más propiamente, entre *pretensión de veracidad* y *pretensión de eficacia*³⁶, en el desentrañamiento de *lo válido*.

La bandera de la s.c. como actor estratégico de la sociedad contemporánea efectivamente ha dado frutos. Existe entonces la comprobación de la *eficacia* de tal bandera. Sin embargo, si las especulaciones articuladas en este ejercicio son sólidas, se desprende que no es corroborable la *veracidad* de su pretensión; lo que es peor (¿o mejor?) es que resulta previsible el agotamiento de su capacidad instrumental bajo condiciones que desplacen el nivel democrático formal y requieran el predominio de la lucha estratégica de los bloques históricos (la lucha de clases) en un escenario de transformación revolucionaria de la sociedad.

Continuar sesgando pragmáticamente el empleo del concepto y su marco teórico es riesgoso. Se disemina la lucha de clases; se realizan suplantaciones preocupantes a nombre de ese ente mítico; se extravía la mira de la lucha social y se legitima de paso un nuevo ámbito de virtual corporativización estatal.

EL RETORNO A MARX:
LA PROPUESTA

Para aterrizar el presente ejercicio de reflexión esbozaré en lo sucesivo un armazón teórico para integrar las conclusiones parciales a las que se ha podido acceder.

El enfoque marxiano es el punto de arranque más útil y el que más luz arroja sobre tan complejo problema. Cuando Marx postula la s.c. como espacio de relaciones económicas intersubjetivas en una sociedad de hombres independientes y abstractamente iguales, y al concebirla como sinónimo de sociedad burguesa, proporciona dos vetas fundamentales: la distinción del carácter abstracto del fenómeno, y su historicidad empataada con el destino del capitalismo.

Efectuar, empero, una lectura estricta de la idea marxiana conduce a señalar la limitante relativamente economicista que excluye las variables política e ideológica como constituyentes de esa realidad, lo que se explica por el carácter industrial clásico del mundo que Marx conoció, en el que la esfera económica era directamente la fuente del poder económico y del control ideológico.

Concentrándose en los filones aportados, se sostiene que la s.c. de Marx —a la que me

³⁶ Ver Habermas, *Teoría de...* pp. 43-68.

referiré en lo sucesivo como *sociedad civil formal* (s.c.f.)— es una realidad *óntica* (genética-estructural) de naturaleza aparental que se consolida con el dominio del modo de producción capitalista en las formaciones socioeconómicas y jurídico-políticas. Esto es, se califica de civil, no a un segmento de la formación social, sino a la sociedad en su conjunto, confrontada en el análisis con otras de sello distinto: las *sociedades pre-civiles* y la *sociedad civil real*.

¿Dónde, cómo y cuándo surge la *sociedad civil formal*? En el proceso productivo que entraña la sustracción ilegítima del plusvalor creado por el obrero a manos del dueño del capital, aparecen dos características centrales definitorias de la s.c.f. Por un lado ocurre la libre concurrencia —en sentido abstracto y formal— en el mercado de los factores de la producción, figura que se expande concéntricamente a todos los resquicios de la sociedad, convirtiéndola en el gran contrato rousseauiano. En otra dirección, asistimos al surgimiento de un nuevo fenómeno simbiótico: el *extrañamiento*.

Sobre la primera tesis hay que abonar la consagración jurídico-política de la ciudadanía, la estructuración de la opinión pública, el predominio de la democracia liberal (en síntesis la consolidación de lo público), como facetas formales de libre concurrencia económica, política e ideológica que diferencian diametralmente la naciente sociedad de las precedentes.

Desarrollando la segunda afirmación, obsérvese que en las relaciones capitalistas de producción, el obrero se ve afectado directamente por la *enajenación económica* en el instante productivo; pero simultáneamente se verifica como efecto en él la *alienación ideológica*.

En el caso mencionado, *enajenación* y *alienación* no son dos realidades esquemáticamente distintas, sino facetas de un mismo fenómeno en el que claramente una de ellas juega el papel determinante en cuanto que es la causa directa de la otra. Separar tales realidades equivale a adjudicar a la *alienación ideológica* aquí verificada la misma naturaleza que reviste, por ejemplo, la generada por los *mass media* o la escuela (es decir, por instancias con esa intencionalidad expresa).

En el momento productivo la *enajenación* produce espontáneamente, de por sí,

alienación, aunque después ésta se refuerce intencionalmente.

Sin pretender profundizar sobre una dicotomía conceptual entre *alienación espontánea* y *alienación generada intencionalmente*, cabe retomar esta distinción para argumentar que en la realidad histórico-concreta el origen de la s.c.f. se ubica en el momento económico, cuando se rebasa la univocidad de la imposición como recurso para sostener la *enajenación económica*, y se arriba a la capacidad de *alienación* como recurso legitimador en una sociedad de "hombres iguales".

A propósito Xavier Herrero señala, interpretando a Habermas:

"El carácter ideológico del intercambio de equivalentes consiste en la institucionalización de la relación de explotación bajo la apariencia de una realidad libre y justa. La legitimación del orden sociopolítico burgués, no obstante anclada en el proceso económico de producción, incorpora una categoría moral: el principio de reciprocidad como encarnación de las ideas de libertad y justicia"³⁷.

El *extrañamiento* es el concepto a través del cual se propone clarificar el momento fundacional de la s.c.f., con lo que se concede la razón a la tesis de Marx al respecto.

Se entiende por *extrañamiento* la acción y el efecto mediante el cual se vuelve ajeno al individuo de la naturaleza o condición de una realidad de la cual forma parte, expresada simbióticamente en el proceso productivo en el trabajador, consistente en la separación de la propiedad y del control de los medios de producción, así como del producto de su trabajo (*enajenación*, que ocasiona su ubicación como entidad impotente, estática, dentro de una estructura social y económica que lo envuelve, que dirige toda su vida sin que sienta el deseo ni vislumbre la posibilidad de introducir en ella modificaciones radicales (*alienación*), con lo que se genera la deshumanización y cosificación de las relaciones con sus semejantes.

³⁷ Herrero, Xavier. *Op. Cit.*, p. 16.

Siguiendo a Weber y Habermas, con el capitalismo surge un nuevo patrón de legitimación³⁸ (sustituto de la mitología y la religión) emanado originalmente en el sistema económico. Sobre esa premisa se han desarrollado formidablemente una *aparatosología* y una *simbología legitimadoras* que, buscando ser inicialmente autónomas, se imbrican cada vez más con la racionalidad económica.

Las formaciones *pre-civiles* habrá que caracterizarlas negativamente por la ausencia de ese espacio estructurado y autónomo de legitimación (público), un patrón mítico religioso de legitimación, el ejercicio impositivo de la *enajenación económica* y la no predominancia de los espacios formales de interacción social enumerados antes (ciudadanía, democracia liberal, libre mercado, etc.).

El carácter real lo adquieren –como imaginario social– las sociedades civiles cuando el ser humano se reapropia del control frente al proceso productivo y a los frutos del trabajo, de su condición productiva transformadora-creadora, y de la organización y gestión del proceso de constitución, reproducción y transformación social. De ahí se desprende concomitantemente que la legitimación evoluciona idealmente hasta conquistar la racionalidad comunicativa habermasiana. Puede hablarse entonces de igualdad, libertad y justicia no solamente formal, sino real.

REINOS DE EXISTENCIA CONFLICTUAL DE LA SOCIEDAD

Cualquier manifestación formal de la realidad tiene subyacente otra configuración más profunda que en *última instancia* le determina. Al hablar de s.c.f. debe buscarse en las contradicciones antagónicas entre grandes grupos sociales –clases, en sentido integral– el eje paradigmático explicativo.

Es en el instante del conflicto donde se concretizan los *planos fundamentales de existencia de lo social* (lo económico, lo político, lo ideológico); es también en el conflicto donde se objetivan los grandes grupos sociales. Pero la concretización de los planos y la objetivación de los grupos no pueden entenderse como un acto reflejo, sino como fenómenos que revelan la extraordinaria y dialéctica complejidad de las relaciones sociales histórico-concretas.

En ese tenor conflictual de las cosas, propongo que ahí donde Gramsci distinguía *capas superestructurales*, existen realmente *reinos de existencia conflictual de la sociedad* que no se circunscriben al ámbito superestructural; en lugar de la sociedad civil y la *sociedad política* propongo el *reino de la legitimación* y el *reino de la imposición*, respectivamente.

Se adopta la presente terminología como un intento semántico de superación del *reducionismo ontologista* y *topologista*, fundiendo y activando ambos planos y redimensionándolos *fenomenológicamente*.

La dicotomía en cuestión no se define ya a partir de la relación monopólica con lo estatal, lo político o lo ideológico; ahora se plantea una estrategia interpretativa en torno de los *patrones de conflictividad* que articulan la interacción social: *legitimación* e *imposición*.

Por *legitimación* se entiende genéricamente el proceso de reconocimiento intersubjetivo e internalización coactiva o voluntaria (consciente y/o inconsciente) del cuerpo de valores, relaciones, prácticas, normas e instituciones que objetivan los patrones de acumulación material y simbólica y el ejercicio del poder dominante en un conglomerado humano, a partir de su capacidad de predominio consensual que lo hace perceptible como legítimo por el conjunto de la sociedad. La *imposición*, opuestamente, es el proceso coercitivo por el que se hace prevalecer un orden sistémico y simbólico. Al *reino de la legitimación* lo caracterizan: el *extrañamiento*, el *consenso político* y la *hegemonía ideológica*. La *opresión política* y el *sometimiento ideológico* son las facetas del *reino de la imposición*. Resulta pertinente anotar que la población de cualquier formación social, como entidad abstracta, habita ambos reinos.

38 Ver Sánchez, Virginia. "La presencia de Max Weber en el debate Habermas-Luhmann", en *Max Weber. Elementos de Sociología*. Coord. Catherine Nelson, UAP-UAM, México, 1986, pp. 280-294.

LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LOS REINOS

A continuación enumero algunos de los elementos “pobladores” de cada uno de los reinos.

a) Elementos constitutivos del reino de la legitimación

- Los intelectuales orgánicos de los bloques dominante y dominado que participan en pro o en contra de la legitimación como límite consciente o inconsciente de su lucha.

- Los aparatos ideológicos (estatales, públicos y privados) que cumplen en última instancia, y no sin fuertes contradicciones en su seno, una función legitimadora: religioso, escolar, familiar, político³⁹, sindical, de información, cultural, etc.

- Los grupos, movimientos y organizaciones que se inscriben a favor o en contra de la legitimación como límite práctico –no necesariamente discursivo– consciente o inconsciente, de lucha.

b) Elementos constitutivos del reino de la imposición

- Intelectuales orgánicos que actúan a favor o en contra del orden de imposición vigente, planteando de manera definida la conservación de ese proyecto de sociedad, o su destrucción y/o sustitución por un proyecto alternativo.

- Los aparatos ideológicos político y jurídico, y los represivos (ejército, policía, cárceles, etc.) que garantizan en *última instancia* la vigencia del orden de imposición.

- Los grupos, movimientos y organizaciones que *efectivamente* se elevan al nivel de la lucha por la conservación del *poder político*

impositivo del Estado, o por su destrucción y sustitución por un nuevo poder.

Es claro que los conceptos de *reino de la legitimación* y de *reino de la imposición* no se entienden de manera estática y aislada, sino por el contrario, como realidades interactuantes, interdependientes e interdeterminantes que implican de manera necesaria fenómenos transicionales.

Por una parte se sobreentiende que la *legitimación* es una expresión mediada de la *imposición*, y a su vez, ésta última requiere perdurar en alguna medida a través de la primera. Los intelectuales orgánicos de igual modo pueden llegar a convertirse de “funcionarios” –en el sentido de Gramsci– de un reino, en “funcionarios” del otro. Algunos de los aparatos⁴⁰ legitimadores estatales y públicos (escolar, de información, cultural, político, sindical, etc.) pueden bajo condiciones históricas específicas, no sólo llegar a actuar de manera impositiva, sino incluso a ser suprimidos; mientras tanto, los aparatos impositivos político y jurídico pueden radicalizarse autoritariamente y junto con los aparatos represivos del Estado pueden absolutizarse con respecto del *reino de la legitimación*, o pueden, en cambio, disminuir ostensiblemente su actuación dando margen al predominio de éste último. Finalmente, movimientos y grupos del *reino de la legitimación* (basándonos no en la autodeterminación que ostentan, sino en el alcance real que supone su propuesta de lucha), no sólo representan embriones del *reino de la imposición*, sino que incluso pueden llegar a colocarse en ese nivel al plantearse la conservación o transformación del proyecto histórico existente. De igual forma, este enunciado les exige como condición imprescindible a las organizaciones y movimientos del *reino de la imposición*, recurrir y retroalimentarse permanentemente de las expresiones de la legitimación.

39 Althusser contempla como AIE político, el sistema del cual forman parte los distintos partidos. Con respecto de los conceptos de reino de la legitimación y de reino de la imposición, este aparato puede formar parte de cualquiera de los dos, dependiendo de si se trata de un régimen predominantemente democrático o de uno predominantemente dictatorial.

40 Por aparato puede concebirse al conjunto de instituciones que corporeizan una función social específica y que se inscriben claramente en la lógica de los conflictos de poder.

LOS BLOQUES HISTORICOS

Rechazo que la solución de los problemas sociales pase estratégicamente por el equilibrio entre s.c. y Estado. Esta solución da pie a propuestas de sistemas alternativos de poder⁴¹ como las de complementariedad entre Estado y s.c. y "el nuevo corporativismo"⁴².

Se propone, en cambio, que la alternativa al orden vigente pasa por la conformación del *bloque histórico revolucionario*, corporeizado en el *Movimiento Popular*⁴³ que tiene como eje subyacente la lucha de clases estructurales, y que desarrolla de manera extraordinariamente compleja la noción clásica marxista, correspondiente a las nuevas condiciones de existencia y lucha social de las sociedades contemporáneas.

El *bloque histórico revolucionario* se constituye dinámicamente con la convergencia, interacción e interpenetración de múltiples actores sociales y políticos del *reino de la legitimación* y del *reino de la imposición* que asumen y/o representan de manera objetiva (consciente o inconsciente; autoproclamada o no) el proyecto histórico revolucionario (no en el ineluctable sentido de violencia). Lo anterior anclado en los procesos de proletarianización⁴⁴ política de los contingentes populares que funden la lucha democrática con el proyecto revolucionario.

Por lo expuesto, parece que pueden distinguirse por lo menos cuatro niveles metodológicos para el análisis de las sociedades capi-

talistas contemporáneas: 1) *nivel sistémico*, que aborda el comportamiento de los sistemas económico, político e ideológico; 2) *nivel estratégico*, que parte de los antagonismos de las clases estructurales; 3) *nivel formal*, que aporta claves para el estudio de los espacios de libre concurrencia económica, política e ideológica; y 4) *nivel fenomenológico*, en el que se articulan dialécticamente las expresiones concretas de existencia conflictual de la sociedad.

PALABRAS FINALES

Nuestro país como el resto del mundo se estremece desde sus cimientos por la necesidad insoslayable de cambios profundos. La magnitud y dirección de tales cambios dependerán de la forma como los actores sociales interpreten y decidan abordar la complicada, y cada vez más delicada situación nacional. De ahí deriva de inicio la trascendencia del estudio de los que se asumen convencionalmente como los actores sociales por excelencia de nuestra época.

Con las inocultables limitaciones teóricas y metodológicas de este ensayo, reitero no obstante, la personal convicción por repensar, por cuestionar, por problematizar, los conceptos y categorías de las que nos servimos para el análisis de nuestra realidad en este sentido.

Si verdaderamente el rumbo estratégico de la transformación social no tiene su matriz en el paradigma s.c.-Estado, la reconsideración hacia los actores sociales constituyentes que se remiten en última instancia a las clases sociales antagónicas, presumiblemente nos marcará derroteros mucho más sólidos y de utilidad programática de alcance mayor.

La "gran clase" marxiana, el "bloque histórico" gramsciano, la "convergencia" de Alonso y el "Movimiento Popular" de Camacho, son la diversa y rica expresión de una sola idea transformadora que se erige como la utopía realizable y rectora de los anhelos y luchas de los marginados de la historia, de esa historia que habrá de seguirse edificando interminablemente.

41 Aquí se entiende por sistema de poder "...al conjunto articulado de las prácticas y relaciones de poder (...) efectivamente vigentes en una sociedad". Camou. *Op. Cit.*, p. 56.

42 Trejo D., Raúl. *Crónica del sindicalismo en México. 1976-1988*. S.XXI, México, 1990, p. 412.

43 D. Camacho concibe al Movimiento Popular como "...el proceso de confluencia de los movimientos populares particulares en un proyecto común de transformación de la sociedad". *Op. Cit.*, p. 158.

44 D. Camacho entiende por proletarianización el proceso en el que "...los movimientos populares particulares van adoptando y construyendo la capacidad transformadora del proletariado". *Op. Cit.*, p. 162.

BIBLIOGRAFIA

- Alonso, Jorge. "Aproximaciones a los movimientos sociales", mimeo, 1987.
- Alonso, "La convergencia, constitutivo del movimiento popular", en *Revista Sociedad y Estado*, nº 4-5, sept-dic/1991, ene-abr/1992, CISMOS-U de 6.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Quinto Sol, México 1970.
- Anderson, Perry. "Las antinomias de Antonio Gramsci", en *Cuadernos Políticos*, nº13, Era, México, 1979.
- Bobbio, Norberto. *Diccionario de Política*. S.XXI, T.I.
- Camacho, Daniel. "Los movimientos populares", en *América Latina hoy*, Coord. Pablo González Casanova, S. XXI y UNU, México, 1990.
- Camou, Antonio. "Gobernabilidad y democracia" en *Nexos*, nº 170, febrero de 1992, México.
- Cohen y Arato. *Sociedad civil y Teoría Política*, Cambridge, 1992.
- Evers, Tilman. "La faz oculta de los movimientos sociales", en *Punto de vista*, nº 25, diciembre de 1985, año VII.
- Garreton, Manuel. "Actores sociopolíticos y democratización" en *Revista Mexicana de Sociología*, nº 4, oct-dic/1985.
- González C., Pablo. "El Estado y la Política", En: *América Latina hoy*.
- Gramsci, Antonio. *Antología*, S.XXI, México, 1980.
- Gramsci, Antonio. *La formación de los intelectuales*. Enlace Grijalbo, México, 1967.
- Habermas, Jürgen. "Disgresión acerca de los puntos fundamentales del materialismo histórico", en Touraine y Habermas: *Ensayos de Teoría Social*, comp. Fco. Galván Díaz, UAP-UAM, México, 1986.
- Habermas, Jürgen. "La esfera de lo público", en Touraine y Habermas...
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. vol. I. Edit. Taurus, Buenos Aires, 1987.
- Herrero, Xavier. "J. Habermas teoría crítica de la sociedad", en Touraine y Habermas...
- Laclau y Mouffe. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, S. XXI, Madrid, 1987.
- Lechner, Norbert. *La conflictiva y nunca bien acabada construcción del orden deseado*. S. XXI, Madrid, 1986.
- Martinelli, J. "Notas sobre el Estado de Gramsci y Lenin", en *Teoría y Política*, año 1, nº 2, oct-dic/1988.
- Mora Heredia, Juan. "Modernización Política e Intervencionismo Estatal en México", Ponencia presentada al Congreso Nacional de Sociología, abril de 1992.
- Olvera y Avritzer. "El concepto de sociedad civil en el estudio de la transición democrática", en *Revista Mexicana de Sociología*, nº 4, oct-dic/1992.
- Pereyra, Carlos. *Sobre la democracia*, México, Cal y Arena, 1990.
- Portantiero, Juan C. "Revitalizar lo público, desafío de fin de siglo", en *Suplemento Política* de El Nacional, nº 157, jueves 7 de mayo de 1992.
- Poulantzas, Nicos. *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, S.XXI, México, 1984.
- Ramírez, S., Juan M. "¿Grupos de presión y/o movimientos sociales?", en *Cuadernos*, nº 6, CICS-UDEG, México, 198.

- Ramírez, S. "para comprender el movimiento urbano popular", en *Tiempos de Ciencia*, UDEG, n° 9.
- Rea, R., Carlos R. Vigencia de una tesis marxista fundamental, *mimeo*, 1992.
- Regalado, Jorge. "Acerca del concepto de sociedad civil", *mimeo*, México.
- Rivera, Eugenia y Sojo, Ana. "Movimiento popular, conflicto social y democracia", en *Revista Mexicana de Sociología*, n° 4, oct-dic/1985.
- Sánchez, Virginia. "La presencia de Max Weber en el debate Habermas-Luhmann", en *Max Weber. Elementos de sociología*, coord. Catherine Nelson, UAP-UAM, México, 1986.
- Tocqueville, Alexis de. *La democracia en América*. Madrid, Orbis, 1985.
- Touraine, Alain. "Los movimientos sociales", en Touraine y Habermas; *ensayos de teoría social*, EON, México, 1986.
- Trejo Delarbre, Raúl. *Crónica del sindicalismo en México, 1976-1988*, S. XXI, México, 1990.

Carlos Rafael Rea Rodríguez
Centro de Estudios Sociológicos
Coordinación Académica
El Colegio de México
Apartado 20-671
México D.F.